

## LA BRUJA FREUDIANA

### THE FREUDIAN WITCH

Recibido: octubre 26 de 2007/Aceptado: noviembre 19 de 2007

JAVIER ENRIQUE QUINTERO POLO\*

*Universidad Simón Bolívar - Colombia*

**Key words:** Unconscious, representation, visibility, amazement, transactional management, poetry.

**Palabras clave:** Inconsciente, representación, visibilidad, asombro, manejo transaccional, poesía.

#### Abstract

Freud had always his reserves on the relation that would maintain his construction with the university. Nowadays, the complicated concepts of psychoanalysis in the classrooms have become into the recipe book in which its preventions are verified. There is a presentation of the poetic act of keeping silence to listen the human pain from a not objectivist analysis. This can contribute to clarify the intricate universe of the representations-thing, of the unconscious thing. It also has an aloof and indefinite structure that would remain vague and simple if it is transmitted from a definition of manual.

#### Resumen

Freud siempre tuvo sus reservas sobre la relación que mantendría su construcción con la universidad. Actualmente, el recetario en que se han convertido los complicados conceptos del psicoanálisis en las aulas de clase parece constatar sus prevenciones. Una presentación del acto poético de guardar silencio para escuchar el dolor humano desde un análisis no objetivante puede contribuir a dilucidar el intrincado universo de las representaciones-cosa, de lo inconsciente, que, como se verá, de estructura esquiva e inaprehensible, quedaría desdibujado y simple si se transmite desde una definición de manual.

---

\* Egresado del programa de Psicología de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla, Colombia. Email: javiereqp@gmail.com.

*Si se trata de un asunto que necesita reflexión lo  
examinaremos mejor en la oscuridad*  
**Edgar Allan Poe**

Estando en el bachillerato, me encontré un día embelesado con un personaje del oscuro y brillantísimo Edgar Allan Poe. Este aparece en algunos cuentos como *La carta robada* y *Asesinatos en la rue Morgue* (Poe, 1999). C. August Dupin es su nombre y es fascinante. Posee una sensibilidad y sensatez pasmosa, que utiliza con deleite para descifrar enigmas. A través de su lógica arrolladora, encuentra lo que escapa a la mirada, esas cuestiones de la realidad que son inaprensibles, y no por falta de herramientas, ya que la ciencia nos permite ver muchas cosas, sino por falta de espera, de silencio para sentir las (basta observar cómo las ciencias y el psicoanálisis, siguiendo senderos, digamos, distintos, han llegado a la misma conclusión en lo referente a la realidad: no se puede acceder a ella directamente). Dupin tenía el suficiente sosiego para captar lo que a la mirada, en su vertiginosidad, se le escapaba. Yo quería ser como él, quería tener un intelecto impetuoso, poseer sensibilidad, sensatez y dedicarme a penetrar enigmas, el enigma más espinoso de todos, por eso decidí estudiar psicología.

Sin embargo, sufrí un desencanto, la psicología universitaria no era lo que yo esperaba. Más bien, ocurre allí lo que escribiera G. Canguilhem (1998) en el precioso trabajo *¿Qué es la Psicología?: El psicólogo no quiere más que ser instrumento, sin tratar de saber de qué o de quién es instrumento* (p. 13). Por eso, mientras el docente repetía lo que se sabe desde el colegio, yo meditaba buscando explicaciones para mi desaliento. Me convertí en lo que

llaman un estudiante preguntón. Obviamente, nada satisfacía mi demanda. Me dediqué, entonces, a *ratonear* en la biblioteca, tratando de encontrar la psicología de Dupin, que no sentía en ninguna de las tantas asignaturas. Buscando y leyendo, me hallé con un librito llamado *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Enseguida quedé atrapado. Esta era la psicología que yo quería practicar, una concepción de los fenómenos humanos que implicara una rigurosa lógica interpretativa y que, además, no se alejara del malestar de quien lo padece.

A partir de ese momento, me decidí por el inconsciente. Ese espacio, en sentido topológico, no topográfico (Páez, 2007) donde el tiempo encuentra su falsedad; donde las cosas son inenunciables y, por lo tanto, ni buenas ni malas; donde la concatenación se presenta inexorable (Freud, 1978) para mostrar a Dios con senos enormes y vagina de cristal, instando a Beliat para que le de nombre. Esa encrucijada relatada por Freud me situó de regreso a la necesidad de saber, recobrando así *el aliento perdido*, para utilizar otro cuento de Poe.

No obstante, esa admiración primera por aquella dimensión fue dragada con sutil tecnología en el recorrido realizado en aras de conseguir mi acreditación; me sucedió esa especie de alienación acomodaticia en el manejo transaccional al que está sujeto un discurso al querer fraccionarlo para su enseñanza masiva. Respecto a esto, Freud (1919, editado en 1978-85) se pronunciaría en varias ocasiones, por ejemplo: *Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista, pero no es menos evidente que este puede, por su parte, prescindir*

de la universidad sin menoscabo alguno para su formación. En efecto, la orientación teórica que le es imprescindible la obtiene mediante el estudio de la bibliografía respectiva y, más concretamente, en las sesiones científicas de las asociaciones psicoanalíticas, así como por el contacto personal con los miembros más antiguos y experimentados de estas. En cuanto a su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo el control y la guía de los psicoanalistas más reconocidos. También Lacan profundizará más la relación del psicoanálisis y la universidad con el llamado planteamiento de los cuatro discursos, entre los que incluyó el universitario y el del analista.

Afortunadamente, un tiempo después, este somnífero quedó disuelto por una frase de Nasio (2001): *Preguntarse por la naturaleza del Inconsciente parecería una inocencia fingida* (citado por M. Fernández, p. xxiii), y la razón es simple: se está tan habituado a su uso que ya no inquieta. No obstante, esta frase, resultó para mí un jalonamiento de oreja. ¿Cómo así que existe algo que nos habita y nos determina sin nosotros saberlo, algo que nos dice que la realidad (lo real) no está hecha y que hay que conseguirla, y conseguirla con dolor y que, además, en cualquier momento podemos perderla? (Zuleta, 1985).

Así las cosas, me propongo transmitirles mi asombro por este discurso. Empero, dejo claro que no trato de abarcar el tema en su totalidad, que es, por demás, arduo y exorbitante, sino, plantear que el inconsciente no es un tema simple. Ya que, creyéndole o no, no se puede soslayar su marca en la cultura: antes de Freud, por ejemplo, en el interior de las iglesias se colocaban

infantes alados, como angelitos, que, en representación de su candor, carecían de genitales. Después de Freud, en esta zona, les colocaron una hoja (Chamartín, 2006).

## COMPRENDIENDO EL INCONSCIENTE

### 1. Contexto

Ante todo, conviene precisar que la noción de Inconsciente ya existía antes de Freud, aunque esta no tenía los alcances que luego le daría el médico vienés. Digamos, entonces, que con él la idea de Inconsciente toma un nuevo sentido con numerosas implicaciones. Precedían a sus publicaciones, asertos de algunos pensadores, a quienes podríamos adjudicarles el adjetivo de filósofos y, también, aquellos virtuosos que perciben en la realidad detalles impregnados de significado revelador, me refiero, ciertamente, a los poetas. Sin embargo, en ambos flujos discursivos no había una precisión sobre lo que se mencionaba. Por ejemplo, del lado de la poesía, T. S. Eliot decía: *entre la idea y la realidad, entre el movimiento y la acción, media la sombra*, lo cual connota que en lo manifiesto de nuestro comportamiento hay un rastro misterioso que se presenta como falto de iluminación, y el trabajo de Freud consistió precisamente en empezar a descifrar eso que vive en las sombras. En este mismo sentido, H. Bloom (citado por Figueras, 1991) propuso que la idea de inconsciente ya estaba toda en Shakespeare y que el mérito de Freud consistió en discurrirlo a manera de prosa. Recordemos que el joven Freud era lector de los clásicos griegos, entre ellos Homero y por supuesto Sófocles, también de Shakespeare, Cervantes, Goethe, Dostoievski, etc. Y, además, él mismo reconoció alguna vez: *debo mucho más a los poetas que a toda la psiquiatría junta* (Freud; citado por Zuleta, p. 15).

Pero, si para los filósofos, el Inconsciente era algo que no lograban precisar y en los poetas era aquello que decían sin saber, en las ciencias de finales del siglo XIX y principios del XX, el concepto sencillamente no tenía cabida. Las elucidaciones de Descartes, unos siglos antes, sirvieron para establecer un método que daba cuenta fiable de los procesos que se abordaban. Paso a paso, se iba accediendo a un fenómeno y ese acceso paulatino culminaría en la obtención de su entendimiento. A partir de allí, comenzó lo que llaman la revolución científica, ya que el entendimiento de un hecho permitía luego su manipulación. No obstante, la penetración de los fenómenos era del orden de la visibilidad: el método era aplicable solo a aquellos fenómenos visibles en los cuales se podía accionar. En este caso, si una disciplina decidía abordar la *psyche* tendría la obligación, si quería ser catalogada como científica, de seguir el método de la visibilidad, ya que este era el único camino para acceder a las certezas de los fenómenos. En esta línea, en el siglo XVIII, Kant planteó categóricamente que si la psicología aspiraba a constituirse como ciencia debía encontrar un objeto medible y, por tanto, cuantificable.

Esta idea inspiró toda una serie de trabajos que desembocaron en el establecimiento, a finales del siglo XIX, del primer laboratorio donde se inquirían los procesos psíquicos. En este lugar, ideado por W. Wundt en Leipzig, se instruía al individuo para que examinara y describiera sus representaciones mentales de la manera más fiable posible, experiencia en la que no se escatimaban esfuerzos por controlar todas las variables intervinientes. Había una serie de máquinas conectadas al individuo que ayudaban al grupo de investigadores en la recolección de los datos. De este modo, se obtuvo la conclusión

de que las representaciones mentales constaban de tres elementos: sensaciones, imágenes y afectos, con lo que se alcanzó un objeto medible y cuantificable, estableciéndose, en consecuencia, la disciplina que, a través del procedimiento científico, estudiaría la *psyche*. Sin embargo, el individuo solo podía comunicar aquello a lo que tenía acceso, es decir, aquello a lo que, de manera consciente, podía representar en su mente. Así, la psicología era la disciplina de la conciencia, dado que solo esta podía concebir datos. Las representaciones que estuvieran en la mente del individuo sin que este lo supiera, se escapaban al método, ya que no era posible acceder a ellas y, por lo tanto, no se podían cuantificar. Esto da cuenta, entonces, de lo ajeno que resultaba para la psicología científica de los albores del siglo XX, la idea del Inconsciente, ubicándose, entonces, este concepto, en el mero orden de la especulación.

## 2. La Construcción de Freud

Mientras escribía una carta a su novia Martha, Freud derramó por descuido una bebida, manchando el papel. Aun así, decidió enviar dicha carta, anotándole a su amada una frase al respecto: *por favor no interpretes lo sucedido* (Freud, 1995). Con ello se puede evidenciar que ya desde su juventud él sospechaba la existencia de un más allá en nuestro comportamiento que permanecía en la penumbra y que precisaba iluminación.

Por demás, es sabida la formación científica que Freud adquirió en su carrera médica. Eran horas y horas frente al microscopio, estudiando y anotando todo lo que iba observando sobre el funcionamiento de las células del sistema nervioso. Esto lo llevó a plantearse

que la neurona era la unidad funcional de dicho sistema, incluso antes que se publicara un texto sobre la existencia de la misma. Al respecto, en el apéndice al texto *Lo Inconsciente*, sito en las obras completas del creador del psicoanálisis que aquí se referencian, Strachey propone: *El término neurona fue acuñado en 1891 por W. Waldeyer para designar la unidad fundamental del sistema nervioso.* Las investigaciones histológicas de Freud lo habían conducido hacia el mismo descubrimiento.

En su obra, *Proyecto de psicología para neurólogos*, Freud bosquejó, además, la idea de las sinapsis neuronal, por lo cual Ramón y Cajal recibiera el Nobel años más tarde. Esta consecución de datos comenzará a gestar la posibilidad de hallar un fundamento material para los procesos psíquicos; no obstante, el ordenamiento que le hace Freud a estos descubrimientos es hartamente distinto a las directrices de su época. La correlación encontrada por algunos anatomistas entre un desorden funcional y lesiones localizadas en zonas específicas del cerebro (Wernicke y Broca) hacía pensar que los procesos mentales estaban alojados en distintas partes del área cerebral, y que era solo cuestión de tiempo que el método los encontrara. Por el contrario, Freud pensaba que esta concepción no le hacía justicia a la complejidad, en su momento, de las afasias (Fernández, 2001). Más precisamente, Freud argumentaba que la relación que se da entre el cerebro y la psiquis probablemente no sea de causa y efecto, *ya que el suceso fisiológico no cesa cuando el pensamiento comienza* (Afasis, 1891. Citado por Fernández, 2001, p. 5). Por tanto, la idea que se hace Freud de los procesos mentales es más dinámica que estática, no concebía una representación alojada en una neurona (Fernández, *Ibid.*, p. 6). Esto quizá fue

uno de los pensamientos captados por él en el círculo de Brücke (Dobois-Reymond, Ludwing, Helmholtz), donde lo cardinal era que todo se reducía a fuerzas físico-químicas, y en los momentos en que se presentaba algo a lo que no se podía acceder por medio de esta concepción, había que intentar dilucidarlo a partir de métodos físico-matemáticos, *o bien suponer la existencia de nuevas fuerzas inherentes a la materia, y reductibles a la fuerza de atracción y repulsión* (Bernfeld; citado por García, 2005). Distanciándose de esta perspectiva, a partir de sus propias observaciones y, obviamente, de lo que también intuía, Freud concibe su particular concepto sobre la representación mental.

## LA REPRESENTACIÓN EN FREUD

En un texto de 1890, Freud se refiere a las prevenciones de sus colegas: *La relación entre lo corporal y lo anímico (en el animal tanto como en el hombre) es de acción recíproca; pero, en el pasado, el otro costado de esta relación, la acción de lo anímico sobre el cuerpo, halló poco favor a los ojos de los médicos. Parecieron temer que si concedían cierta autonomía a la vida anímica, dejarían de pisar el seguro terreno de la ciencia* (Freud, 1890, editado en 1973-85). Esto porque, como se ha venido diciendo, tal influencia no era visible. La representación, como sabemos desde Wundt, sí lo es. Pero, ¿qué es una representación? De una manera básica, tal concepto se puede entender como aquello que captamos aun teniendo los ojos cerrados. Aún más preciso: cuando un estímulo llega a nuestro organismo, este se *presenta* en nuestra conciencia; luego, por funciones de memoria, lo podemos volver a traer a la conciencia o incluso llegar

fortuitamente a ella (Freud, *Ibid.*). Este proceso es lo que llamamos una representación. Ahora, ¿qué es lo que se presenta o representa en nuestro psiquismo? Las cosas, los objetos. Empero recordemos que hay dos clases de objeto. Uno que hace referencia a las cosas del universo, aquello a lo que accedo por los sentidos (*Gegenstand*); y otro que es constituido, el compendio de sensaciones en una representación (*Objekt*), que situamos en las cosas del universo (Freud, 1978-75). Él plantea, así, el psiquismo consciente, dotado de dos elementos primarios con una derivación: Representación-Palabra y Representación-Cosa, ambas, en su articulación, constituyen la Representación-Objeto (Freud, *Ibid.*). La anterior explicación es aclarada por Strachey así: *Debe señalarse que hay entre la terminología que utiliza aquí y la de «Lo inconsciente» una importante diferencia, que puede dar origen a confusiones. Lo que aquí llama «representación-objeto» {Objektvorstellung} es lo que en «Lo inconsciente» denominaría «representación-cosa» {Sachvorstellung}, mientras que lo que allí designaría «representación-objeto» denota una combinación de la «representación-cosa» y la «representación-palabra», a la cual no le da ningún nombre específico en este pasaje.*

De todos modos, el concepto de Freud sobre la representación mental concuerda con la maravillosa elucidación de Ferdinand de Saussure referida al signo en su *Curso de lingüística general* cuando dice: *Llamamos signo a la combinación del concepto y de la imagen acústica: pero en el uso corriente este término designa generalmente la imagen acústica sola, por ejemplo, una palabra (árbol). Se olvida que si llamamos signo a árbol, no es más que gracias a que conlleva el concepto árbol, de tal manera que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto.* (De Saussure, 1945, p. 129). Freud lo explicitará más adelante en su obra de la

siguiente manera: *lo que pudimos llamar la representación-objeto {Objektvorstellung} consciente se nos descompone ahora en la representación-palabra {Wortvorstellung} y en la representación-cosa {Sachvorstellung} que consiste en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella. De golpe creemos saber ahora dónde reside la diferencia entre una representación consciente y una inconsciente... La representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola* (Freud, 1915, editado en 1978-85). Ahora bien, con otras palabras, lo que Freud llama representación-cosa no son más que aquellas experiencias iniciales que en nuestra humanización particular fueron cargadas de afecto y quedaron representadas en nuestra alma, mas sin embargo, en ausencia de un lenguaje estructurado, no hubo palabras para nombrarlas, y yerran en un topos no óntico, esperando y no desaprovechando oportunidad para ser nombradas.

Por esto las palabras en psicoanálisis son tan importantes. Ya que ellas remiten a aquello que quiere ser nombrado y que, en efecto, se nombra de tanto en tanto, sin que la persona lo sepa, ya que ella no conoce su nombre, empero, en la hilación de su conversación, si se tiene calma y sosiego, es posible captar cómo esa cosa se nombra en y con distintas palabras. En el texto *Tratamiento psíquico, tratamiento del alma*, Freud propone lo siguiente *Un recurso de esa índole es sobre todo la palabra, y las palabras son, en efecto, el instrumento esencial del tratamiento anímico.* Aunque este texto es del período llamado pre-psicoanalítico, me valgo de él en razón del valor que tempranamente le daba Freud a la cadena de palabras que componen un discurso.

## IMPLICACIONES CLÍNICAS

En un texto de 1937, Freud se refiere a una escena del *Fausto* de Goethe. La escena es más o menos la siguiente: Fausto busca el rejuvenecimiento y desconfía del poder de la bruja. Pregunta a Mefistófeles si no habría otro medio mejor, y el diablo goethiano le responde que sí, que hay otro medio: el trabajo duro de la tierra, los alimentos naturales y el vivir como un animal más. Pero, como para Fausto no vale esta vida dura y natural, Mefistófeles concluye: *Entonces es preciso que intervenga la Bruja* (citado por García, 2005, p. 403). La alusión de esta escena surge en una pregunta que él se plantea: *¿Es posible tramitar de manera duradera y definitiva, mediante la terapia analítica, un conflicto de la pulsión con el yo o una demanda pulsional patógena dirigida al yo?* Y él mismo se responde: *Si se pregunta por qué derroteros y con qué medios acontece ello, no es fácil responder. Uno no puede menos que decirse: «Entonces es preciso que intervenga la bruja»* (Freud, 1915).

Aunque, en el texto, Freud usa la metáfora para referirse a toda su metapsicología, yo solo la significaré, si me lo permiten, en un solo aspecto:

Es apenas comprensible que las *brujas* no sean llamadas en las ciencias, ya que su objeto está ahí, a sus ojos y, sencillamente, estas utilizan un sinnúmero de herramientas para tratarlo. Pero en la clínica del psicoanálisis, cuyo objeto son las palabras y, como se vio, unas palabras que intentan nombrar eso que quedó sin nombre, es necesario hacerle el llamado a la bruja, al Inconsciente.

Cuando Freud llegó a la clínica, se encontró con casos que escapaban a la mirada vertiginosa de la cartografía médica, pero su voluntad de saber, su empeño en hacer racional el síntoma, lo llevó a situarse de una especial manera para captar el malestar humano. Por esto, en el discurso de Elisabeth von R., incluido en sus *Estudios sobre la histeria* (1893-1895), que padecía de dolores terribles en las piernas a la hora de caminar sin tener esto implicaciones orgánicas, Freud captó que aquellas formas que significaban el problema, al no encontrar una descarga se terminaron simbolizando en las piernas.

Y hoy, gracias a él, se puede captar cómo, por ejemplo, un sujeto en análisis con angustia sobre su homosexualidad, acentúa siempre las *x* en su discurso, menos cuando se va a referir a lo sexual (Baños, 2007) o como un sujeto que tiene el fantasma de ser el payaso de la familia, utiliza la expresión *fan* recurrentemente o, también, cómo una joven sueña con una sirena de ambulancia, olvidando que su padre le decía sirenita cuando niña, y con el cual tenía dificultades (Páez, 2007).

Para finalizar evoco la famosa anécdota, tan referenciada pero esquiva en su fuente, del analista J. Lacan en su visita a los Estados Unidos. Sucedió que después de una larga conversación sobre epistemología de la ciencia con el bien instruido Chomsky, este último, creyendo dar fin a la conversación, aseveró: *Entonces eso no es ciencia, eso es poesía*, a lo que Lacan contestó: *Entonces yo soy un poeta*.

## REFERENCIAS

- Baños, J. (2007). Seminario *Orígenes de la Agresividad en Psicoanálisis* (Inédito). Organizado por el Círculo Psicoanalítico del Litoral Caribe.
- Bettelheim, B. (1988). *Psicoanálisis de los Cuentos de Hadas*. (9ª ed.). Barcelona: Editorial Crítica.
- Canguilhem, G. (1998). *¿Qué es la Psicología?* *Revista Colombiana de Psicología*, 7.
- Chamartín, L. (2006). Conversatorio *El discurso sadiano* (Inédito). Organizado en la Universidad Simón Bolívar por el grupo académico-cultural *Tempera Mental*.
- De Saussure, F. (1945). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada.
- Fernández, M. (2001). *Del inconsciente freudiano al significante lacaniano*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.
- Freud, S. (1978-85). *Sigmund Freud Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Análisis terminable e interminable* (1937), volumen 23. *De la historia de una neurosis infantil y otras obras, ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* (1919), volumen 17.
- Estudios sobre la histeria* (1893-95). Volumen 2. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Manuscrito N.* (1886-99) Volumen *Lo inconsciente* (1915), volumen 14.
- Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras, Escritos breves, prólogo a Marie Bonaparte, Edgar Allan Poe, étude psychanalytique* (1933), volumen 22.
- Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud, Proyecto de Psicología* (1950-1895), volumen 1.
- Sobre la versión castellana, la representación y la síntesis del objeto.*
- Tratamiento psíquico, tratamiento del alma* (1890), volumen 1.
- Freud, S. (1995). *Freud total 1.0*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Héléade.
- García, A. (2005). *Teoría psicoanalítica*. Madrid: Colección Quipú, Editorial Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. (1976). Escritos II. *El seminario sobre "La carta robada"*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Páez, Y. (2007). *Comunicación personal*. Universidad Simón Bolívar.
- Poe, E. A. (1999). *El gato negro y otros cuentos*. (7ª reimpresión). Bogotá: Editorial Norma.
- Zuleta, E. (1985). *El Pensamiento psicoanalítico*. Medellín: Editorial Percepción. Serie Universidad, Colección: Espejo.